

REGLAS DE DISCERNIMIENTO 2ª SEMANA

Cuaresma 2021 – (DÍA 44)

Meditaciones de San Alberto Hurtado, SI.

Material extra (optativo)

†

[La Eucaristía 1](#)

[La Eucaristía 2](#)

LA EUCARISTÍA¹

Tratando de los sacramentos

Fuente de vida cristiana. Ya que el cristianismo no es tanto una ética, como el protestantismo, ni una filosofía, ni una poesía, ni una tradición, ni una causa externa, sino la divinización de nuestra vida o, más bien, la transformación de nuestra vida en Cristo, para tener como suprema aspiración hacer lo que Cristo haría en mi lugar; esa es la esencia de nuestro cristianismo.

Y la esencia de nuestra piedad cristiana, lo más íntimo, lo más alto y lo más provechoso es la vida sacramental, ya que mediante estos signos exteriores, sensibles, Cristo no sólo nos significa, sino que nos comunica su gracia, su vida divina, nos transforma en Sí [mismo]. La gracia santificante y las virtudes concomitantes.

En la vida sacramental los dos sacramentos centrales son el Bautismo y la Eucaristía. El Bautismo, porque confiere la gracia santificante, necesaria para recibir la Eucaristía. Y la Eucaristía es el gran sacrificio, porque nos incorpora en la forma más íntima posible a la vida de Cristo y al momento más importante de la vida de Cristo.

La gran obra de Cristo, que vino a realizar al descender a este mundo, fue la redención de la humanidad. Y esta redención en forma concreta se hizo mediante un sacrificio. Toda la vida del Cristo histórico es un sacrificio y una preparación a la culminación de ese sacrificio por su inmolación cruenta en el Calvario. Toda la vida del Cristo místico no puede ser otra que la del Cristo histórico y ha de tender también hacia el sacrificio, a renovar ese gran momento de la historia de la humanidad que fue la primera Misa, celebrada durante veinte horas, iniciada en el Cenáculo y culminada en el Calvario.

Toda santidad viene de este sacrificio del Calvario, él es el que nos abre las puertas de todos los bienes sobrenaturales. Por él, el Bautismo nos incorpora a Cristo, la Penitencia nos perdona, la Confirmación nos conforta... De aquí que en realidad el

¹ SAN ALBERTO HURTADO, *La búsqueda de Dios*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2005², p. 213-216.

Calvario ha sido siempre considerado el centro de la vida cristiana y esas horas en que Cristo estuvo pendiente en la Cruz han sido los momentos más preciosos de la historia de la humanidad. Por esas horas se abrieron las puertas del cielo, se confirió la gracia, se redimió el pecado, nos hicimos de nuevo agradables a Dios.

Ahora bien, la Eucaristía es la apropiación de ese momento, es el representar, renovar, hacernos nuestra la Víctima del Calvario, y el recibirla y unirnos a ella. Todas las más sublimes aspiraciones del hombre, todas ellas, se encuentran realizadas en la Eucaristía:

1. La Felicidad: El hombre quiere la felicidad y la felicidad es la posesión de Dios. En la Eucaristía, Dios se nos da, sin reserva, sin medida; y al desaparecer los accidentes eucarísticos nos deja en el alma a la Trinidad Santa, premio prometido sólo a los que coman su Cuerpo y beban su Sangre (cf. Jn 6,48ss).

2. Cambiarse en Dios: El hombre siempre ha aspirado a ser como Dios, a transformarse en Dios, la sublime aspiración que lo persigue desde el Paraíso. Y en la Eucaristía ese cambio se produce: el hombre se transforma en Dios, es asimilado por la divinidad que lo posee; puede con toda verdad decir como San Pablo: *“ya no vivo yo, Cristo vive en mí”* (Gal 2,20); y cuando el que viene a vivir en mí es de la fuerza y grandeza de Cristo, se comprende que es Él quien domina mi vida, en su realidad más íntima.

3. Hacer cosas grandes: El hombre quiere hacer cosas grandes por la humanidad... por hacer estas cosas los hombres más grandes se han lanzado a toda clase de proezas, como las que hemos visto en esta misma guerra; pero, ¿dónde hará cosas más grandes que uniéndose a Cristo en la Eucaristía? Ofreciendo la Misa salva la raza y glorifica a Dios Padre en el acto más sublime que puede hacer el hombre: opone a todo el dique de pecados de los hombres, la sangre redentora de Cristo; ofrece por las culpas de la humanidad, no sacrificios de animales, sino la sangre misma de Cristo; une a su débil plegaria la plegaria omnipotente de Cristo, que prometió no dejar sin escuchar nuestras oraciones y ¡cuándo más las escuchará que cuando esa plegaria proceda del Cristo Víctima del Calvario, en el momento supremo de amor...!

Además, en la Misa, el hombre y Dios se unen con una intimidad tal que llegan a tener un ser y un obrar. El sacerdote y los fieles son uno con Cristo que ofrece y con Cristo que se ofrece. *“Por Cristo, con Él y en Él”* ofrecemos y nos ofrecemos al Padre, y nuestra pequeñísima oración, nuestro mérito insignificante, ¡cómo gana de valor cuando es unido al mérito infinito de Cristo que ofrece y es ofrecido con nosotros, o, si queremos, nosotros por Cristo, con Él, en Él... ofrecidos en propiciación, en acción de gracias, en súplica!

He aquí, pues, nuestra oración perfectísima. Nuestra unión perfectísima con la divinidad. La realización de nuestras más sublimes aspiraciones.

4. Unión de caridad: En la Misa, también nuestra unión de caridad se realiza en el grado más íntimo. La plegaria de Cristo *“Padre, que sean uno... que sean consumados en la unidad”* (Jn 17,22-23), se realiza en el sacrificio eucarístico. Al unirnos con Cristo, a quien todos los hombres están unidos: los justos con unión actual; los otros, potencial.

¡Oh, si fuéramos conscientes de lo que significa nuestra unión a Cristo respecto al Padre, respecto a Cristo mismo y respecto a nuestros hermanos, tendríamos todo en la misma Eucaristía!

¡Oh, si fuéramos a la Misa a renovar el drama sagrado: ofrecernos en el ofertorio con esas especies que van a ser transformadas en Cristo pidiendo nuestra transformación... a ser aceptados por la divinidad en la consagración, a ser transubstanciados en Cristo (¡oh, si la ofrenda hubiese estado hecha a conciencia!), la consagración sería el elemento central de nuestra vida cristiana! Esa conciencia de que ya no somos nosotros, sino que tras nuestras apariencias humanas vive Cristo y quiere actuar Cristo...

Y la comunión, esa donación de Cristo a nosotros, que exige de nosotros gratitud profunda, traería consigo una donación total de nosotros a Cristo, que así se dio, y a nuestros hermanos, como Cristo se dio a nosotros.

Toda la esencia del catolicismo la tendríamos en la Eucaristía. Esos dos grandes mandamientos de amor al Padre y al prójimo, estarían realizados mediante la Eucaristía y nos animaríamos cada día, en la Misa bien oída, a renovarnos en ese espíritu de entrega.

La sola presencia en el sacrificio eucarístico aumenta en nosotros estas disposiciones, la comunión las intensifica aún más; pero si asistiéramos a la Misa y recibiéramos la Comunión ensanchando todo lo posible la capacidad de nuestro espíritu, ¡cómo nos santificaríamos sobre medida!

El acto central de nuestro día debiera ser nuestra Misa: la comunión en medio de la Misa (cuando se pueda), un acto imprescindible de cada cristiano ferviente.

A la comunión no vamos como a un premio, no vamos a una visita de etiqueta, vamos a buscar a Cristo para *“por Cristo, con Él y en Él”* realizar nuestros mandamientos grandes, nuestras aspiraciones fundamentales, las grandes obras de caridad... La disposición fundamental para comulgar es la gracia santificante, la donación del Espíritu Divino a nuestras almas, que debe estar en todos los que comulguen, pero los efectos sensibles de ese Espíritu variarán según los casos, y según la medida de la predestinación divina. De nuestra parte se requiere que colaboremos a tener esos sentimientos de fe, confianza, amor ardiente.

[Hacer de la Misa el centro de mi vida. Prepararme a ella con mi vida interior, mis sacrificios, que serán hostia de ofrecimiento; continuarla durante el día dejándome partir y dándome... en unión con Cristo.

¡Mi Misa es mi vida, y mi vida es una Misa prolongada!].

Después de la comunión, quedar fieles a la gran transformación que se ha apoderado de nosotros. Vivir nuestro día como Cristo, ser Cristo para nosotros y para los demás:

¡Eso es comulgar!

LA EUCARISTÍA²

¿Cuál es, hermano, la aspiración suprema del hombre, no digo de cual o tal persona determinada, sino del género humano como tal? La posesión del bien; de todos los bienes; del Sumo Bien. El hombre desde sus comienzos ha aspirado a ser Dios. Esta búsqueda de la divinidad ha movido sus actividades como la luna las mareas. Si alguna filosofía no tiene esta preocupación religiosa, como el existencialismo sartriano y antes el epicureísmo y el estoicismo, su visión de la vida será necesariamente triste y vacía. Esta ansia de divinidad en el hombre no nace de una pura especulación intelectual, sino que es un recuerdo inconsciente de la historia de la humanidad. Dios hizo divino al hombre. Esta vida divina estaba en él como en germen, como en una semilla que debía florecer. El primer hombre era feliz: tenía paz, paz consigo mismo, paz con la naturaleza. Una tentación podía asaltarlo, y de hecho lo asaltó y lo venció: quiso ser Dios, no por gracia de lo alto, sino por sus propias fuerzas. Quiso independizarse de la voluntad divina. Ser autónomo como Dios. El hombre se retiró de Dios para ser Dios por sus propios medios, y la vida divina que se escondía en él desapareció de su alma, y el hombre se encontró hombre y nada más que hombre.

Durante muchos siglos la humanidad ha tratado de reconquistar la divinidad perdida. Lo ha intentado por la violencia pretendiendo dominar al mundo y reducirlo a la esclavitud. Mujeres, jóvenes y niños han sido sus víctimas, pero al fin no podía menos de decir: ¡mañana moriremos! Otros pretendieron divinizarse por la sabiduría: estudiaron y discutieron, y al fin desesperados, llegaron a dudar de la existencia de todo saber: tal es el escepticismo antiguo, el pragmatismo y el relativismo de nuestros días.

Almas más nobles comprendieron que si el hombre no podía solo llegar hasta Dios; quizá Dios querría bajar hasta él. Para conseguirlo, le ofrecieron sus mejores dones para recordar a Dios que comprendían sus debilidades, sus faltas, sus pecados. Segregaron hombres que sirvieran de intermediarios entre ellos y Dios: los llamaron sacerdotes. Su misión era el sacrificio. Esta tentativa tampoco tuvo resultado, pues el sacerdote era un hombre como los demás y no podía unirlos con Dios. El altar del sacrificio no era Dios, sino un puro símbolo. La víctima ofrecida jamás fue precio digno para redimir al hombre de la ofensa hecha al propio Dios. Las religiones todas, antes de la venida de Jesús, fueron una hermosa aspiración de unir al hombre con Dios, pero nada más. Esa unión no se lograba. La raza humana necesitaba un Salvador y los hombres cumbres de los antiguos pueblos griegos y romanos, vislumbraban esa verdad que había sido confiada al pueblo hebreo y que sus profetas recordaban con insistencia.

Ese Salvador, Dios en su misericordia, nos lo concedió. La segunda persona de la Santísima Trinidad se encarnó y la benignidad de Dios apareció en carne humana. En Jesús tenemos un hombre de nuestra raza que es a la vez Dios; tenemos un altar en que ofrecer un sacrificio: el Cuerpo de Cristo unido a la divinidad. Tenemos una víctima de valor divino y que los hombres pueden ofrecer por sí mismos, porque es

² SAN ALBERTO HURTADO, *Un disparo a la eternidad*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2004³, p. 296-302.

uno de ellos. El sacrificio de Cristo, Jefe de la humanidad, salvará la humanidad. La suprema aspiración del hombre, ser Dios, podrá realizarse. Unidos nosotros a Él participaremos de la vida divina, oculta en esta tierra, sin velos en la gloria, herencia de los hijos, de los hermanos de Jesús, el Primogénito del Padre.

El supremo sacrificio de Cristo fue su inmolación en la cruz, el Viernes Santo, por la humanidad. Su Sangre redentora nos libró del pecado y nos abrió las puertas del Cielo. Pero la noche antes de su pasión, Jesús quiso anticipar místicamente su inmolación. En el momento solemne de la cena pascual tomó el pan y lo bendijo dando gracias a su Padre Dios. En seguida tomó el vino y lo cambió en su propia sangre, sangre que iba a ser derramada por los pecados del mundo. Y en virtud de sus palabras, Jesús que consagraba, estaba a la vez presente en ese pan y en ese vino que nosotros en adelante podríamos ofrecer al Padre de los cielos como el verdadero sacrificio de la humanidad. Por eso nos dice solemnemente: "*Haced esto en memoria mía*" (Lc 22,19). La Iglesia desde entonces ha estimado que la Eucaristía tiene la gracia de las gracias: Dios presente en nuestros altares para ser ofrecido por nosotros, para ser recibido en nuestras almas y unirnos a Él. La suprema aspiración del hombre, ser Dios, está por fin realizada. Dios en la persona de su Hijo hecho hombre nos asimila, nos transforma en Él, nos permite participar de su vida. Esta vida la recibimos en semilla, no en flor, la flor vendrá el día de nuestra resurrección, participación de la resurrección de Cristo.

Con el sacrificio de Cristo nace una nueva raza, raza que será Cristo en la tierra hasta el fin del mundo. Los hombres que reciben a Cristo se transforman en Él. "*Vivo yo, ya no yo, Cristo vive en mí*", decía San Pablo (Gál 2,20), y vive en mi hermano que comulga junto a mí, y vive en todos los que participamos de Él. Formamos todos un solo Cristo. Vivimos su vida, realizamos su misión divina. Somos una nueva humanidad, la humanidad en Cristo. Estrechamente unidos, más que por la sangre de familia, por la sangre de Cristo formamos el Cuerpo místico de Cristo, y en Cristo y por Cristo y para Cristo vivimos en este mundo.

De aquí nuestro profundo optimismo, nuestro sentido de triunfadores, pues en Cristo hemos iniciado la victoria que iremos completando cada uno de nosotros y será perfecta al final de los tiempos.

La Eucaristía es el centro de la vida cristiana. Por ella tenemos la Iglesia y por la Iglesia llegamos a Dios. Cada hombre se salvará no por sí mismo, no por sus propios méritos, sino por la sociedad en la que vive, por la Iglesia, fuente de todos sus bienes. ¡Qué débil aparece el socialismo y el comunismo frente a esta visión tan estupenda de la unidad cristiana!

Por la Eucaristía-sacramento, descienden sobre los fieles todas las gracias de la encarnación redentora; por la Eucaristía-sacrificio, sube hasta la Santísima Trinidad todo el culto de la Iglesia militante. Sin la Eucaristía, la Iglesia de la tierra estaría sin Cristo.

Por la Eucaristía, esta tierra de la encarnación se hizo el centro del mundo. Por ella, el Hijo permanecerá entre nosotros no por unos cuantos años fugitivos, sino para siempre. Mediante la Eucaristía, Cristo permanece siempre presente en medio de su Pueblo, para acabar por su Iglesia.

A la vista de la creación, Dios piensa siempre en su Hijo. Él es la imagen del Dios invisible, el Primogénito de toda creatura, el principio y el fin de todas las cosas, en la tierra, en el cielo y hasta en los infiernos. Por Él todo ha sido creado: las cosas visibles e invisibles: los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades... (cf. Col 1,16); Plugo al Padre hacer residir en Él toda plenitud, reconciliar todas las cosas por Él y en Él, que ha pacificado por su sangre derramada sobre la cruz todo lo que está en la tierra y en los cielos. Dios no ve el mundo sino a través de Cristo. La Eucaristía es el medio para unirnos a Él, es la colocación a nuestro alcance de todos los beneficios de la encarnación redentora.

Toda la obra de Cristo se perpetúa en el mundo por la Hostia: mediante ella desciende la vida a las almas y eleva las almas hasta Dios. La Comunión realiza este descenso de la Trinidad hasta los hombres por Cristo. El sacrificio de la Misa eleva los hombres identificados con el Hijo, hasta el Seno del Padre.

La presencia real, la razón, los sentidos, nada ven en la Eucaristía, sino pan y vino, pero la fe nos garantiza la infalible certeza de la revelación divina; las palabras de Jesús son claras: "*Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre*" y la Iglesia las entiende al pie de la letra y no como puros símbolos. Con toda nuestra mente, con todas nuestras fuerzas, creemos los católicos, que "*el cuerpo, la sangre y la divinidad del Verbo Encarnado*" están real y verdaderamente presentes en el altar en virtud de la omnipotencia de Dios. El cuerpo y el alma de Cristo, permanecen inseparablemente unidos a la persona del Verbo, el cual nos trae al Padre y al Espíritu, en la indivisible unión de la Trinidad. Todo el misterio del Verbo encarnado está contenido en la Hostia, con los encantos inefables de la humanidad y la infinita grandeza de la divinidad, una y otra veladas.

In cruce latebat sola Deitas

At hic latet simul et humanitas.

El Cristo Eucarístico se identifica con el Cristo de la historia y de la eternidad. No hay dos Cristos sino uno solo. Nosotros poseemos en la Hostia al Cristo del sermón de la montaña, al Cristo de la Magdalena, al que descansa junto al pozo de Jacob con la samaritana, al Cristo del Tabor y de Getsemaní, al Cristo resucitado de entre los muertos y sentado a la diestra del Padre. No es un Cristo el que posee la Iglesia de la tierra y otro el que contemplan los bienaventurados en el cielo: ¡una sola Iglesia, un solo Cristo!

¡Qué bien expresa esta doctrina el Ave Verum!:

"Te saludo, verdadero Cuerpo nacido de María Virgen,

que verdaderamente ha sufrido

y ha sido inmolado en la cruz por el hombre.

Cuyo costado traspasado manó sangre y agua

Haz que te gustemos

en la prueba de la muerte.

¡Oh dulce Jesús!

¡Oh Jesús lleno de bondad!

¡Oh Jesús Hijo de María! Amén".

Esta maravillosa presencia de Cristo en medio de nosotros, debería revolucionar nuestra vida. No tenemos nada que envidiar a los apóstoles y a los discípulos de Jesús que andaban con Él en Judea y en Galilea. Todavía está aquí con nosotros. En cada ciudad, en cada pueblo, en cada uno de nuestros templos; nos visita en nuestras casas, lo lleva el sacerdote sobre su pecho, lo recibimos cada vez que nos acercamos al sacramento del Altar. Como dice un distinguido teólogo nuestras manos de sacerdotes y nuestros labios de comulgantes pueden tocar la humanidad de Cristo, su carne dolorida en la cruz, sus nervios y sus huesos molidos, su cabeza, otrora coronada de espinas. El Crucificado está aquí y nos espera y nos espera.

La misma sangre redentora fluye sobre todas las generaciones que pasan. El alma de Cristo está en la Hostia. Todas sus facultades humanas conservan en ella la misma actividad que en la Gloria. Nada escapa a la mirada comprensiva de Cristo: ni el mundo de los espíritus ni la creación material, ni el movimiento más imperceptible de las almas en el Cielo, en la tierra y hasta en los infiernos.

La vida Eucarística de Jesús es una vida de amor. Del corazón de Cristo, sin cesar, suben al Padre los ardores de una caridad infinita. La Trinidad encuentra en el Cristo de la Hostia, una gloria sin medida y sin fin.

¡Qué cierta resulta la palabra de Jesús dirigida a nosotros, con tanta razón como a los judíos: En verdad, en verdad, hay alguien en medio de nosotros que vosotros no conocéis (cf. Jn 14,6-9). Absorbidos por nuestros negocios y por el torbellino de la vida ¿quién piensa que junto a nosotros está el Dios Redentor? Él ha venido a los suyos y los suyos no lo han conocido!

El Verbo nunca está solo, el Padre y el Espíritu permanecen siempre con Él. "*¿No creéis que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí?*" (Jn 14,10). Toda la vida de la Trinidad está en la Hostia.

"*Cristo da a cada hombre en particular la misma vida de la gracia que ha comunicado al mundo por su advenimiento visible*", enseña Santo Tomás. Si tuviésemos fe, los milagros del Evangelio serían hechos cotidianos. El Cristo de Tiberíades seguiría irguiéndose sobre las olas para apaciguar la tempestad en nuestras almas. En nuestros momentos de dolor oiríamos la misma voz del Salvador: Vosotros los fatigados y extenuados venid todos a mí (cf. Mt 11,28). "*Si alguien tiene sed que venga a Mí y beba*" (Jn 7,37). Una sola condición se requiere: tener sed.

De la Eucaristía, espera la Iglesia para sí y para cada uno de sus fieles, fuerza victoriosa para todas las situaciones de su vida militante, aún en los días del anti-Cristo.

Al contacto de la carne de Cristo, el hombre se hace puro, las pasiones animales no dominan ya su vida. El Cristo virgen le enseña a vivir en la carne, superando la carne. En nuestra época corrompida hay sin embargo, tal vez como en ninguna otra época de la historia, multitud de jóvenes de ambos sexos que crecen puros porque comulgan con frecuencia. Llevan a Dios en su cuerpo como en un templo vivo de la Trinidad. ¡Cuántas confidencias de estudiantes, de obreros, de empleados, de hombres de los medios más diversos nos revelan que la pureza del mundo es un

milagro de la Hostia! El Cristo de la Eucaristía virginiza las almas y si han perdido la pureza, se las retorna tan inmaculada como en los santos. El ser manchado, pero arrepenido, que se acerca con humildad pero con amor al Cristo de Magdalena, siente en él una fuerza inmensa para luchar contra las fuerzas del pecado.

La Hostia deposita en nuestro cuerpo mortal un germen de inmortalidad " *¡Quien come mi carne y bebe mi sangre posee la vida eterna y yo le resucitaré en el último día!*" (Jn 6,54). Como nos lo revela San Pablo, el Señor Jesús transformará nuestro cuerpo vil y abyecto haciéndolo conforme a su Cuerpo Glorioso (cf. Flp 3,21).

La sangre de Cristo virginiza no sólo el cuerpo, sino también el alma con la pureza de Jesús. Él obra una purificación a veces total de las faltas pasadas, de la pena debida a los extravíos y aún de las tendencias viciosas o mal sanas que en nosotros persisten después del pecado. Más aún, al acercarnos al Cristo del altar como al Cristo en la Cruz, sentiremos desarrollarse en nosotros el espíritu de sacrificio, esencia del Evangelio: "*Si alguno quiere venir en pos de Mí que tome su cruz todos los días y que me siga*" (Mt 16,24). Un alma permanece superficial mientras que no ha sufrido. En el misterio de Cristo existen profundidades divinas donde no penetran por afinidad sino las almas crucificadas. La auténtica santidad se consume siempre en la cruz. Muchos cristianos se quejan de la tibieza de sus comuniones, del poco fruto que obtienen de su contacto con Cristo. Olvidan que la verdadera preparación a la Comunión no se reduce a simples actos de fervor, sino que consiste principalmente en una comunión de sufrimientos con Jesús. El que quiere comulgar con provecho, que ofrezca cada mañana una gota de su propia sangre para el cáliz de la redención.

Hermanos: he aquí el inmenso don que Jesús dejó al alcance de nuestras almas. La gran palanca para su santificación, el medio más eficaz para realizar la divinización de nuestras vidas. Mañana como en Pentecostés, descenderá el Espíritu Santo más copiosamente a nuestros espíritus. Que Él nos haga claro el sentido de las palabras de Jesús, que Él nos dé a entender que Jesús nos llama y nos aguarda y que depuesto todo fútil razonamiento nos acerquemos mañana y nos sigamos acercando todos los días de nuestra vida a reavivar nuestra alma en la sangre del Cordero, hasta el día glorioso en que nos unamos con Él en la gloria del Padre Amén.